

La Cruz

Judith Buchanan

Cuando el seminario hacía su mudanza a *El Escorial*, me encontré envuelta en la inseguridad. Todo cambiaba en el trabajo. Después de meses viviendo y trabajando entre cajas empaquetadas, por fin nos encontrábamos moviendo las cajas, limpiando el nuevo lugar y colocando todo. Mi esperanza era que un día la vida sería normal de nuevo. Pero fue justo en ese tiempo que el dueño de mi casa vino para darme la noticia de que necesitaba venderla y, por eso, me pedía que me buscara otro piso lo antes posible. Mi inseguridad aumentó aún más.

En ese tiempo, uno de los muchos cambios suponía que tenía que viajar desde Madrid a *El Escorial* –dos horas diarias en carretera–. Todas las mañanas salía de Madrid para pasar por un pasaje que rápidamente cambiaba de ser urbano a ser campestre. Disfruté viendo los árboles dorados por el sol otoñal.

Durante la última parte del viaje, la gran cruz del Valle de los Caídos dominaba el horizonte. Un símbolo incongruente. Día tras día me hizo recordar un capítulo triste y terrible de la historia de España. ¡Cuán difícil es entender hasta qué punto el odio de personas puede llevar al fratricidio! Los recuerdos que he oído de la guerra civil chocaban con la belleza del campo.

Desde luego esa cruz tan masiva también me hizo recordar una escena de violencia que tuvo lugar hace dos mil años en Jerusalén.

Un día, de camino de nuevo al seminario, ví la cruz del Valle de los Caídos de forma totalmente nueva. Había una neblina que tapaba el suelo que la rodeaba –tapaba la basílica y también las tumbas–. Despuntando de entre la neblina, estaba la cruz: la cruz vacía bañada por la luz del sol. Cristo, que murió por lo peor que pueden hacer los seres humanos, resucitó para darnos una nueva vida libre de la maldad que nos ha atado; una vida en la que podemos disfrutar de su perdón y su presencia pase lo que pase.

La incongruencia de la cruz del *Valle de los Caídos*, maldad/crucifixión –resurrección/luz, era un recuerdo de la incongruencia de la seguridad que disfrutamos en la presencia de Dios mientras estamos rodeados por las inseguridades. Es una seguridad palpable.

Ya estamos bien instalados en *El Escorial*. Ya tengo piso –¡y hasta jardín!– A la vez, la inseguridad sigue: es más fácil ver la base de la cruz que su estado vacío. La incongruencia.

Una tarde ...
(Una historia verídica)
Pedro Zamora

Fui corriendo con mi hijo a comprar las entradas del cine para volver, luego más tarde, con toda la familia.

Llegamos, pero tocó esperar porque las taquillas estaban cerradas.

Casi al momento, y de manera sorprendentemente natural, entablamos conversación con un harapiento mendigo. La verdad es que aquel hombre tenía chispa: su acento francés le daba cierta gracia. Además, su conversación era interesante: traslucía cultura y mundo.

¡Qué bien me sentí con aquella conversación!

¡Qué orgulloso de mí mismo! ¡Me sentía justificado ante Dios y la vida por semejante ejercicio de humildad!

Justo en ese estado de autocomplacencia, abrieron las taquillas, así que eché mano a la cartera, pero no la encontré.

Casi como un resorte que se dispara, salté hacia el harapiento mendigo-ladrón, que en ese momento mendigaba en otro lugar de la cola, y le exigí que me devolviera la cartera.

Me miró a los ojos con una mirada tan directa como transparente, y espetó:

-soy harapiento y maloliente, pero honesto. Me gusta viajar mendigando por el mundo, pero jamás he robado.

Y volvió a su tarea mendicante. Supe sin sombra de duda que había dicho la verdad. Por eso, busqué y rebusqué la cartera en mis bolsillos. Por desgracia, la encontré, y mi sentido de auto-justificación cayó por los suelos, y me dejó desnudo, desnudo como nunca antes me había sentido:

aquel mendigo estaba revestido de harapos y de un profundo sentido de la dignidad y de la justicia. Y frente a él, mis ropas no guardaban sino vergüenza y desnudez.

Esto ocurrió ante mi hijo.